



LA CALLE
ANDERSEN
Sofia Rhei & Marian Womack

The title is presented in a decorative, steampunk-inspired font. 'LA CALLE' is in a smaller, serif font above 'ANDERSEN', which is in a large, bold, serif font. The text is set against a dark, curved banner. Below the main title, a smaller banner contains the authors' names. The entire graphic is surrounded by various gears and mechanical parts.

ILUSTRACIONES: LOLA RODRÍGUEZ

laGalera

Primera edición: octubre de 2014

Ilustración y diseño de cubierta: Lola Rodríguez / Book and Look
Diseño interior y maquetación: Adriana Martínez

Edició: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Sofía Rhei y Marian Womack, por el texto
© Lola Rodríguez, por las ilustraciones
© 2014 La Galera SAU, por la edición en lengua castellana

La Galera SAU Editorial
Josep Pla 95. 08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf,
Mogoda, 29-31. Pol. Ind. Can Salvatella
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-18.028-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-5239-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Capítulo Uno

SUEÑOS, RECUERDOS



¿Has vuelto a soñar con ella?
Kay asintió cabizbajo al doctor de los sueños, así llamado por su habilidad para desenredarlos y encontrarles el sentido. Una araña pasó cerca de sus zapatos y Kay pensó que los sueños se parecían a los parásitos: nadie podía elegirlos, y era casi imposible deshacerse de ellos.

—Si tú la hubieras visto una sola vez también soñarías con ella.

El hombre curvó sus labios en una media sonrisa. A su espalda el fuego crepitaba. Sacó la pipa del bolsillo de su curiosa bata rojiza o verde, según le diera la luz. Encendió la

pipa, y Kay se dio cuenta de que el doctor no hablaría hasta que él dijera algo más.

—Su pelo es de un rubio tan brillante como la nieve. Y sus ojos, aunque no lo creas, son transparentes como el hielo, aunque si los miras mucho tiempo ves al fondo una lágrima azul.

El hombre volvió a sonreír. Alargó un brazo hacia la mesa donde el desayuno seguía dispuesto y cogió el periódico que Kay le acababa de traer. Rebuscó media corona dentro de un pequeño monedero de piel negra y se la tendió con gesto distraído.

—Hay que ver cuántas imágenes ocultas hay en tus interesantes visiones, Kay.

El muchacho sacudió la cabeza y recordó que le quedaban muchos periódicos por repartir, y al tomar la moneda en su mano pensó que nadie trabajaba gratis, ni siquiera los doctores de sueños. Era hora de irse.

—Hasta mañana —dijo Kay.

—¿No te quedas un rato más? Ya sabes que me encanta escucharte cuando hablas de las cosas maravillosas que ves cada noche mientras tus ojos están cerrados.

Kay titubeó. El doctor era la única persona con la que podía hablar de los sueños que se repetían cada vez con más frecuencia desde su regreso. Era importante que su familia no lo supiera, y mucho menos Gerda. Se trataba de lo único que no podían compartir.

—Quizá mañana. Me queda mucho por hacer.

LA CALLE ANDERSEN

El doctor asintió con mirada penetrante mientras el humo de la pipa dibujaba ondulantes signos de interrogación.

—Kay, la palabra «sueño» es polisémica. ¿Sabes lo que eso significa? —El chico se limitó a observarlo por toda respuesta—. Tiene más de un significado: «sueño» es sinónimo de deseo, además de referirse a las imágenes que vemos mientras dormimos.

Por supuesto que Kay lo sabía: «sueño», como «hoja», tenía más de un significado. Una «hoja» podía ser de un libro, de un árbol, o de un cuchillo. Un «sueño» podía ser agradable, extraño, o una horrible pesadilla, de estepas blancas eternas y un viento helado que cortaba el rostro. Y también podía referirse al más secreto anhelo de nuestra alma. Claro que lo sabía; sería un simple repartidor de periódicos, pero Kay no era ningún ignorante. Su feliz infancia con Gerda y con su sabia abuela, las noches enteras junto al fuego escuchándola relatar sucesos maravillosos, leyendas, personajes increíbles que ella siempre juraba que existían, habían conseguido que Kay se interesase mucho por las historias, y que aprendiera a escribir y a leer antes que los otros niños. Y una experiencia reciente, difícil de olvidar, le había hecho madurar aún más. Por las malas.

Sin embargo, no tenía ni idea de qué pretendía el doctor haciendo tanto hincapié en el asunto. Era como si le preocupara que los sueños de Kay pudieran extenderse a la

vida real. Tampoco se atrevía a preguntar. Había cosas que dolían demasiado, como los ojos de la Reina de las Nieves.

—Hasta mañana entonces —dijo, y se dio la vuelta sobre la cara moqueta, suave y mullida bajo sus pies. Y al salir cerró la puerta con cuidado, despacio, sin hacer ningún ruido, como si temiera despertar a alguien querido que durmiera en la habitación contigua.

Mientras bajaba las escaleras Kay volvió a sentir una punzada de culpabilidad. Gerda estaba esperándolo en el portal como cada mañana, con una amplia sonrisa en su rostro.

Kay pensó que no tenían muchas razones para sonreír. Aquel era un otoño oscuro y desapacible que apuntaba a un invierno duro. Kay temía que pronto decidieran prescindir de su ayuda en el reparto del periódico, porque entonces sí que llegarían los verdaderos problemas. No tenía ni idea de cómo iba a conseguir dinero para él y para su abuela si esto ocurría.

Y, sin embargo, no debía quejarse. Otros corrían todavía peor suerte que ellos: eran las familias de los niños desaparecidos cuyo número aumentaba cada día en la ciudad.

Al principio las desapariciones se habían limitado a una zona de Copenhague todavía más pobre que el barrio donde habitaban Gerda y él. Todo el mundo sabía que aquella zona de la ciudad se encontraba llena de maleantes y desgraciados, que compartían sus calles con los marineros más honrados y humildes. Sin embargo, los bajos

LA CALLE ANDERSEN

fondos parecían haberse ido extendiendo cada vez más, acercándose de forma peligrosa hasta las calles frecuentadas a diario por los dos amigos. Antes únicamente afectaban a niños desconocidos de barrios desconocidos, pero ahora todo había cambiado. Hacía más de dos semanas que no sabían nada del pequeño Karl, uno de los niños de su calle.

Nadie podía conocer del todo los peligros que acechaban en Copenhague, incluso a plena luz del día. Pero eso a Gerda le importaba muy poco. Desde el regreso de Kay, parecía que tuviera miedo de dejarlo solo. Aunque cada mañana él le pidiera a su amiga que no lo acompañase, que dejara de vagabundear como solía hacerlo, Gerda tenía muy claro que no pensaba separarse de Kay, y que nada la apartaría de las calles, donde siempre estaba dispuesta a echar una mano a cualquier niño desconocido. Su corazón generoso se mostraba constantemente atento a las necesidades de todos los que habitaban la ciudad, por muy peligrosa que esta se volviera.

Por todo aquello Gerda era muy conocida entre los niños, y todavía lo era más su maravilloso vestido de lino recubierto de infinidad de bolsillos. Se lo había confeccionado ella misma y era una muestra de su ingenuidad e inteligencia. No había nada necesario que Gerda no se sacase al instante de uno de sus bolsillos: desde una aguja enhebrada hasta una piedra de yesca o una galleta capaz de calmar el hambre de un necesitado; aunque nadie en-

tendiese el modo en que tales maravillas llegaban hasta ellos.

En ese momento Gerda sacó, como por arte de magia, una reluciente manzana de uno de los bolsillos y se la ofreció a su amigo.

—¿Cuántos periódicos te quedan por repartir?

—Los de toda esta calle.

—Pues entonces los repartimos entre los dos. Yo me encargo de ese lado de la calle y tú te quedas en este.

—No es justo que me ayudes. Es mi trabajo.

—No seas tonto, tú también me ayudas en todo.

Precisamente en aquel momento pasó por su lado un hombre que cojeaba. Pero la cojera no parecía ser el único defecto que la naturaleza había decidido concederle: los ojos del vagabundo apuntaban en una dirección completamente distinta. El derecho parecía mirar hacia delante, y además se movía con una rapidez inusitada, como fascinado por todo. El izquierdo, sin embargo, se dirigía hacia las ventanas y las puertas de los edificios: era amarillento y parecía recubierto de una lámina acuosa, lo que le confería un brillo especial e insano.

—Mira ese tipo —dijo Kay, empleando el malévolo tono de voz que Gerda tanto odiaba, y que parecía acompañarle a todas partes desde el invierno anterior—. Con un ojo está buscando monedas en el suelo, y con el otro está buscando qué ventanas son las mejores para entrar a robar.

LA CALLE ANDERSEN

A Gerda le horrorizaron las palabras de su amigo. Lo miró muy seria y a continuación le espetó:

—¿Por qué tienes que ver siempre lo malo en las personas? ¡No es más que un pobre hombre, Kay! ¿Es que te ha hecho algo? A veces eres muy bueno con todos, pero otras me da mucha pena escuchar las cosas que se te ocurren de los demás.

La niña se dirigió hacia el mendigo y le entregó otra manzana. El ciego la olfateó con avidez y le agradeció calorosamente el regalo.

Al volver junto a Kay, este le dijo:

—Todo el mundo tiene algo malo, Gerda.

—¿De veras, Kay? ¿Yo también?

Kay se la quedó mirando durante un instante. Entonces dijo:

—Eres demasiado infantil. No te das cuenta de nada. El mundo está lleno de impostores.

Gerda quiso replicarle, pero lo pensó mejor. Desde que Kay había pasado un invierno entero en los dominios de la nieve no había vuelto a ser el mismo. A menudo quería entablar con él una conversación sobre este tema, y hablar sobre su extraña desaparición, sobre el viaje que hizo Gerda anhelando encontrarlo con vida, sobre su rescate del Palacio de Hielo y el regreso de ambos a la ciudad bulliciosa. Su amigo, antes vivaracho y orgulloso de sí mismo, se había vuelto un muchacho taciturno con un gesto sombrío continuamente instalado en su rostro antes tan alegre.

Tal vez había llegado el momento de actuar, de hablar, de decirle que no todo el mundo era malo como él se empeñaba en repetirle. Que estaba muy equivocado. Tal vez había llegado el momento de preguntarle por qué había cambiado el modo en que veía el mundo, por qué su mirada siempre se encontraba con lo peor de cada persona.

Sin embargo, Gerda no tuvo tiempo de abrir la boca. Justo cuando pensó que podría articular las palabras precisas para decirle a Kay todo lo que le preocupaba, su atención, como la de todos los transeúntes, se vio desviada hacia un pequeño e inesperado alboroto en mitad de la ordenada ciudad.

Al otro lado de la acera vieron a un grupo de jóvenes algo mayores que ellos, andrajosos y cubiertos de mugre y de manchas de aceite. Era evidente que no se encontraban llevando a cabo ninguna empresa honesta. Pero lo más insólito era que parecían estar persiguiendo a una niña de unos diez años, sucia y harapienta, que corría descalza delante de ellos. De vez en cuando la niña volvía la cabeza, y sus cabellos dorados se revolvían atrapados en mechones sudorosos, ocultando por un instante unos ojos abiertos como platos y evidentemente asustados.

Para el asombro de los amigos, los elegantes transeúntes se apartaban al paso de la persecución en ciernes, pero nadie parecía tener intención de involucrarse para ayudar a la pequeña. Se encontraban en uno de aquellos barrios de la ciudad llenos de casas elegantes y árboles cargados de

LA CALLE ANDERSEN

frutas que no se comían, que solo estaban allí para decorar, y donde nadie en absoluto se inmiscuía en los asuntos de nadie, mucho menos en los de una niña malnutrida. Esta vez Gerda no se sorprendió ni molestó cuando escuchó a Kay proferir un grito: «¡Cuánto odio a los ricos!». De hecho, ante tamaña indiferencia, ella podía llegar a sentirse casi igual, aunque odiar fuera en verdad una palabra bastante fuerte.

—¡Venga, vamos! —dijo entonces su amigo, agarrándola fuerte del brazo y tirando de ella— ¡Tenemos que hacer algo! —Ambos echaron a correr calle abajo detrás del grupo. En aquel momento Gerda no tenía la más remota idea del tremendo lío en el que estaban a punto de meterse, ni se imaginaba la peligrosa aventura en la que acababan de embarcarse.

En aquel instante a Gerda la movía su sentido de la justicia: estaba claro que no podía permanecer indiferente ante dos abusos que arremetían contra alguien que no les había hecho nada, que ni siquiera era de su tamaño. Además, Gerda corría sin sentir miedo alguno, en parte porque sabía que mientras estuviera con Kay no podía ocurrirle nada, y en parte porque se dio cuenta, en aquel preciso momento, de algo de lo que no había sido consciente antes. Estaba claro que, desde el regreso de ambos de su aventura en el castillo de la Reina de las Nieves, Gerda había echado de menos la emoción del peligro y la aventura.

Al doblar una esquina se vieron en una callejuela muy

poco frecuentada y algo oscura, con charcos de agua sucia, cajas de madera repletas de comida podrida de los restaurantes vecinos, hojas de periódicos, y gatos de varios tamaños y colores que saltaron de los cubos de basura, presintiendo, con ese instinto que tienen los animales, que se acercaban problemas.

Capítulo Dos

LA PEQUEÑA CERILLERA



Los chicos mayores tenían a la niña acorralada, y uno de ellos tensaba una cuerda con sus manos mostrando una sonrisa repleta de huecos vacíos y negros, donde el muchacho había tenido los dientes, que le hacía parecer una calavera con muy malas pulgas. En cuanto vio a Kay y Gerda, dijo, con una sonrisa oscura:

—Mira lo que tenemos por aquí. Hoy el río está lleno de peces.

Y se dirigió hacia ellos, amenazante.

De repente, todos los presentes se volvieron hacia la entrada de la callejuela, desde donde se oyeron unos pasos seguros y fuertes. Una silueta se recortaba contra la luz del

día. Caminaba con paso seguro, nada parecía alterarla. De repente la silueta dijo con una voz llena de confianza:

—Buenos días, caballeros. ¿Tendrían ustedes la bondad de aclararme qué pretenden conseguir de esta joven dama, que no parece encontrarse demasiado contenta con sus atenciones?

Kay no daba crédito. Era lo último que se esperaba: el que hablaba era un muchacho de unos catorce años, apenas mayor que ellos, pero que se expresaba como un adulto. Iba vestido como un pequeño caballero, y se dirigía a los matones con la seguridad de la que suelen hacer gala los ricos. Gerda lo miró con interés y sorpresa, pero Kay fue más rápido que ella: calculó la inesperada ventaja que la aparición del pequeño dandi suponía. El joven había atraído la atención de los matones, y era evidente que aquella intromisión les había sorprendido lo suficiente como para distraerlos. Sin que nadie se diera cuenta, salvo quizá, la niña prisionera, se situó en una posición favorable para él en el caso de que se produjera una pelea, con un pie en las sombras y el otro dirigido hacia los matones.

Estos miraban a Gerda, a Kay y al niño rico con evidente incredulidad, pero pronto esta expresión dio paso a aquellas sonrisas desdentadas y dispuestas a todo, porque estaba claro que aquellos matones de barrio no tenían nada que perder. El que parecía el cabecilla, un chico rubio de casi veinte años, se frotó las manos con seguridad mientras decía:



—Estupendo. Vienen a nosotros como los conejos hacia el cepo.

Sus secuaces se troncharon ante el comentario. Uno de ellos, grande como un oso, se reía con el rebuzno de un asno, cerrando sus minúsculos ojillos de hurón. Y Kay pensó, mirándolo, que era como si aquel matón tuviera dentro tres animales distintos. Era un buen insulto, pero no le dio tiempo a pronunciarlo, porque en un santiamén el muchacho ya se estaba abalanzando sobre él y sobre Gerda.

En un instante, Kay se plantó delante de su amiga para protegerla. A continuación miró fijamente al gigantón... y acto seguido rompió a reír a carcajada limpia. Gerda lo miraba sin dar crédito. Era como si su amigo, mediante el método de clavarle la mirada a cualquier persona que tuviera delante, fuera capaz de leer sus pensamientos, de entrar en su alma, y de robarle a quien quisiera sus más oscuros secretos. Kay le dijo al matón:

—¿Así que aún te haces pis en la cama?

Gerda no entendía nada. ¿Cómo podía saber Kay tal cosa? ¿Acaso los conocía de algo? Era imposible. Sin embargo, la sorprendente afirmación parecía ser cierta. El matón palideció y dio un paso hacia atrás, confundido y asustado. Los dos chicos que tenía detrás estallaron en risas burlonas.

—No será verdad, ¿no, Otto? —preguntó con malicia el de la boca negra.

LA CALLE ANDERSEN

—Míralo... parece que se ha quedado mudo —dijo el rubio—. Seguro que es verdad.

Otto salió corriendo avergonzado, dobló la esquina y desapareció en el bullicio de la calle.

—Uno menos —susurró Kay.

Mientras tanto, el cabecilla de la banda se había decantado por el chico de los zapatos elegantes. Ambos forcejeaban, y el jefe del grupo ya le había arrancado un botón de la chaqueta. Algo pequeño y delicado, nacarado como una perla, cayó sobre un charco del suelo, desde donde brillaba como una luna redondeada y diminuta.

—A ver de qué te sirve ahora todo ese abecedario —dijo el cabecilla mofándose del niño bien vestido. Pero el joven permanecía imperturbable.

—Quizá hayas querido decir «vocabulario».

El joven y el veinteañero se abalanzaron el uno contra el otro, mientras los dos compinches se regocijaban ante la pelea inminente. Gerda admiró la valentía del niño rico, puesto que, además de ser más bajo que el otro, demostraba con cada uno de sus gestos no tener ninguna experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Primero separó las piernas de forma algo cómica, y a continuación dobló los codos y colocó los puños en alto.

—Qué postura más ridícula —le susurró Gerda a Kay, asustada.

—Yo no lo creo —aseguró su amigo, que conocía esa pose por haberla visto en los grabados deportivos del doc-

tor de sueños. Era una posición acorde con las reglas del boxeo inglés.

—¡Cuidado! —alertó Gerda al joven cuando su oponente le lanzó un gancho de izquierda. Incluso Kay se retorció esperando lo peor. Sin embargo, el joven demostró ser bastante diestro esquivando la emboscada al encogerse de forma ágil, de modo que el puño del corpulento bandido le pasó por encima de la cabeza. Incluso aprovechó que este estaba agachado para propinarle un sonoro puñetazo en el estómago que le hizo caer al suelo entre estupefacto y enfadado.

—Gracias por la advertencia, señorita —le dijo a Gerda con una sonrisa. Ella a su vez se la devolvió, sonrojándose.

—¿Este es el mejor momento para coqueteos? —se oyó mascullar a Kay.

Pero entonces el resto de bandidos, que habían ayudado a levantarse a su amigo, cargaron contra ellos.

Nadie comprendió lo que sucedió a continuación.

Primero se oyó un chasquido leve, como el del una cerilla al encenderse; y, en efecto, el olor familiar del fósforo lo inundó todo.

Acto seguido una extraña luz, dorada e irreal, los desconcertó a todos: a los jóvenes maleantes, al chico de los zapatos caros, a Gerda y a Kay.

Y cada uno de ellos creyó encontrarse en otro lugar y en otro tiempo.

El jefe de la pandilla pensó que estaba en una tienda de

LA CALLE ANDERSEN

licores. Estaba llena de los brebajes más apetecibles, y no había nadie que le recriminara detrás del mostrador que aún era demasiado joven...

Uno de sus amigos creyó por un momento que su madre todavía estaba viva...

Gerda se vio a sí misma un año antes, jugando con Kay en el jardín improvisado entre sus dos tejados. Era un día agradable de verano, las fresas brotaban en los cajones de tierra, y su amigo aún era el de antes.

El niño rico soñó por un instante que construía una máquina voladora. La había confeccionado él mismo, con relojes viejos, manivelas metálicas y palancas de hierro retorcido.

Todos, de hecho, imaginaron durante un segundo mágico que sus anhelos más secretos se volvían reales.

Kay también soñó. Y jamás podría confesarle a nadie en el mundo las imágenes que vio frente a él, mucho menos a su amiga Gerda, que se había jugado la vida por ir a buscarlo. Pero por un instante volvió a ser rabiosamente feliz de nuevo, sintiendo el frío de la nieve crujiente entre sus manos y aquel viento cortante quemándole la cara, como cuando se encontraba a bordo del trineo de la Reina de las Nieves. El rostro de la mujer se volvía hacia él y le sonreía con sus dientes, blancos como perlas, y sus ojos azules casi transparentes, tan parecidos a cristales de hielo.

Al igual que todos los presentes, durante aquellos bre-

ves instantes de dicha, Kay experimentó esa felicidad tan especial que solo otorgan los sueños. No importaba lo que dijera el doctor. Los sueños eran lo único que importaba en el mundo...

Pero Kay volvió a despertar. Todos lo hicieron.

Y cuando volvieron en sí, aturdidos, ninguno supo qué decir. Todos se miraron los unos a los otros buscando respuestas. Parecía evidente que ninguno de ellos sabía con certeza qué acababa de ocurrirles. Gerda fue la primera que habló, y dijo lo que estaba en la mente de todos:

—¡La niña! ¡Ha desaparecido!

—¡Esa niñata tiene razón! —gritó el cabecilla—. ¿Cómo habéis podido dejar que se os escape?

—Pero... ¡si estaba aquí hace un segundo...! —murmuró uno de ellos.

—¡Corred a buscarla, imbéciles! —les gritó—. Y en cuanto a ti... —añadió, volviéndose hacia el niño rico en actitud desafiante.

Sin embargo, entonces fue Kay quien dio un paso hacia ellos, con actitud decidida. A pesar tener solo trece años, era tan robusto como los chicos mayores, y su manera de moverse, tan diferente a la del chico de familia acomodada, dejaba claro que no era la primera vez que se enfrentaba a una situación como aquella.

El matón los miró a ambos, calculó sus posibilidades, y entendió que eran muy pocas.

—La próxima vez que nos encontremos no seréis tan

LA CALLE ANDERSEN

valientes —dijo antes de echarse a correr, huyendo de allí.

Kay y el chico bien vestido se miraron y se sonrieron por primera vez.

—Buenos días. Mi nombre es Joachim Maximilian Ernst Tercero —dijo el chico rico, tendiendo la mano.

—Kay —fue la única respuesta.

Sin embargo, entre los dos chicos se estableció una corriente de simpatía. A Kay le gustó que Joachim no mostrara la altivez propia de algunas personas de su clase social. A Joachim, por su parte, le agradó la mirada inteligente de Kay, y su voluntad de no dejarlo solo en la pelea.

—Encantado de conocerle. Permítame que le felicite por su valentía.

—Tú tampoco te has quedado atrás. Conozco de vista a esa pandilla, y no se andan con tonterías.

—Mirad a quién he encontrado —oyeron decir a Gerda. La joven traía de la mano a la niña pálida vestida de harapos—. Se había escondido detrás de la basura.

—¿Se encuentran ustedes bien, señoritas? —preguntó Joachim solícito.

Gerda se quitó el chal y se lo puso a la niña por encima de los hombros.

—Yo estoy estupendamente, gracias. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas? —le preguntó a la niña.

La pequeña los miró, aún atemorizada.

—No vamos a hacerte nada. Los otros ya se han ido —la tranquilizó Kay.

—¿Qué diantres querían esos chicos? —preguntó Gerda.

Entonces Joachim se acercó a la pequeña y le apartó los mechones que le caían sobre la frente. Al hacerlo, los demás vieron que la niña era tan bonita como las muñecas de porcelana de las tiendas del Frederikstaden.

—¿Adda...? —preguntó con voz titubeante—. ¿Eres tú?

—¿Te acuerdas de mí? —dijo la pequeña con una voz temblorosa que recordaba al canto de los pájaros.

—¿Cómo no iba a acordarme? Pero ¿qué te ha pasado? ¿Quién está cuidando de ti? ¿Qué ha sido de tu abuela?

A Joachim se le ocurrían muchas más preguntas, pero no podía pronunciarlas tan deprisa como hubiera deseado. Su rostro era una mezcla de sorpresa y felicidad. Kay y Gerda se miraron estupefactos. ¿Cómo era posible que un chico tan bien vestido conociera a una niña harapienta?

—Mi abuela ha perdido la razón. Ahora soy yo quien cuida de ella.

Entonces todos se fijaron en la cesta de cerillas que llevaba la niña. Entre todos los trabajos miserables, aquel era el peor, el que nadie quería hacer. Mucha gente pensaba que la venta de algo tan insignificante como los fósforos era poco más que una excusa para mendigar.

—Supongo que esos chicos no tenían muchas luces y necesitaban conseguir alguna —dijo Kay, mirando a Gerda. Pero su amiga no pareció atender a la broma. Sus ojos

LA CALLE ANDERSEN

estaban clavados en Joachim. Este se había quedado sin habla al enterarse de la situación de su amiga de la infancia. Quería ayudar y proteger a la niña, pero no sabía qué decir ni qué hacer. Gerda, por su parte, la abrazó, proponiendo algo práctico, como era habitual en ella:

—¿Por qué no vamos a mi casa y os preparo una sopa de puerros y patatas? También tengo que coserte ese botón —le dijo al adolescente, sacando aguja e hilo de uno de sus bolsillos.

Kay entornó los ojos y lanzó un resoplido. Pero debajo de su indiferencia impostada sentía una punzada de celos. Hacía tiempo que Gerda no le cosía un botón a él.

Entonces Joachim sacudió la cabeza, como si se le acabara de ocurrir una idea feliz. ¡Por supuesto! ¿Cómo no lo había pensado antes?

—¡De ninguna manera, señorita! ¡No la vamos a poner a cocinar! Todos deben venir a mi casa. Mi hermano pequeño se alegrará mucho de volver a verte, Adda. E insisto en invitar a mi nuevo amigo Kay y a la encantadora dama que le acompaña.

—Gerda —dijo ella, sonrojándose, y deseando por primera vez en su vida que su nombre fuera un poco más aristocrático. Kay frunció el ceño.

Joachim Maximilian Ernst Tercero le ofreció su brazo a la pequeña vendedora de cerillas, y la escoltó hacia la avenida.

Gerda miró a Kay, como preguntándole qué era lo que

debían hacer. Kay asintió imperceptiblemente con la cabeza.

—¿Y tus periódicos? —susurró ella.

—Los repartiré después. Hay algo que me preocupa. No entiendo qué es lo que ha pasado antes, con todo ese estallido.

Kay y Gerda caminaban unos metros por detrás del niño rico y la vendedora de cerillas. Aun así, Kay habló en voz baja.

—Todos nos hemos quedado como paralizados, ¿verdad?

—Ha sido muy extraño. He recordado uno de los momentos más felices de mi vida —respondió ella, abriendo mucho los ojos.

Kay volvió a sentirse culpable.

—No comprendo por qué esos bribones tenían tanto interés en Adda. Creo que esconde algún tipo de secreto, y quiero averiguar de qué se trata.

Kay se quedó en silencio. Gerda, que lo conocía bien, se dio cuenta de que estaba preocupado.

—Pero además hay otra cosa.

Kay habló lentamente, como si no supiera cómo pronunciar las siguientes palabras:

—Uno de esos chicos llevaba la gorra de Karl.

Gerda se tapó la boca con la manos, asustada, y se quedó unos segundos incapaz de moverse, como plantada en el suelo.

LA CALLE ANDERSEN

—¿Estás seguro?

—Le encantaba esa gorra. Se la hizo su madre. No puede haber otra igual.

Era evidente que algo malo ocurría en la ciudad. Tal vez no volvieran a ver nunca a Karl. Pensó en la madre del chico, y sintió una tristeza intensa, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas cálidas.

Una fría ráfaga recorrió el cuerpo de Kay antes de que fuera capaz de apretar el paso y unirse a sus dos nuevos amigos.